



Si los partidos políticos son creaciones populares para un acceso al poder, el señor Suárez creó el suyo desde el mismo poder para justificarlo.

Argel antes de comenzar a desmantelar a aquellos a quienes había comprendido quizá demasiado bien. Hay mucho del general De Gaulle en Suárez, aunque tal vez lo haya aprendido por una vía indirecta, imitando al Presidente Giscard. Pero el mismo De Gaulle, con toda su astucia de aldeano, no pudo mantener durante más de diez años esa ficción con su derecha, y pronto se cumplirán otros diez del momento en que fue defenestrado por su propio delfín, Pompidou: por la derecha que no consiguió, finalmente, domesticar. Mientras la izquierda cree que el partido gobernante está usando de esa sutileza, la derecha hace ya tiempo que no ha aceptado el juego y está formando una verdadera oposición. No ya en el Congreso, donde no tiene más poder que el de los cuatro desgañados de Alianza Popular, sino en la calle y en su prensa. La derecha es una verdadera oposición, y está representando su papel histórico con más fuerza y con más entereza que la oposición de izquierda. Se está rehaciendo rápidamente de unas derrotas más debidas a la naturaleza de las cosas que a una acción real de gobierno y que a la presencia de una oposición organizada: y este renacimiento de la derecha española debe mucho más de lo que se cree a lo que la izquierda sigue creyendo que es una fórmula para no asustar. Poco a poco, esa hipocresía de lenguaje y de maneras se va integrando real-

mente en una derecha existente que, sin embargo, no se considera compensada. Lo está de entrada por la inversión de los valores democráticos: lo está también por el ambiente de miedo creado en torno a las modificaciones sustanciales de la política española, que se van retrasando y tergiversando. Lo está por la inanidad de la oposición. Pero nunca le parecerá lo suficiente.

**E**STA forma de gobernar para la televisión, en lugar de permitir que la televisión simplemente contemple —permita la contemplación popular— de los actos de gobierno y de los actos políticos de toda índole, puede ser una forma grave de la dictadura. Mostrar los desfiles del 1 de mayo, significando que la izquierda tiene ya lo que quería, no es más que una forma de esa tosca sutileza, si se permite la contradictoria expresión. Es mostrar una generosidad para con la izquierda, como pareció ser la generosidad la que fabricó las legalizaciones de los partidos. Lo más grave puede ser que la misma izquierda, al desfilar y por el hecho de que su desfile sea visto por toda la nación, crea también que tiene ya lo que quería. Las manifestaciones del 1 de mayo nunca han sido un fin en sí mismas, sino un medio. El objetivo de las manifestaciones de primero de mayo es conseguir que haya una situación de justicia que haga innecesarias las manifestaciones de primero de mayo. De lo cual está muy lejos.

Los  
Contem  
porá  
neos

## LOS POLITICOS Y EL MISTERIO

**P**UESTO que estos misterios me sobrepasan, fingiré ser su organizador", dice un personaje de Jean Cocteau. Este sentimiento eclesidástico de la vida parece ser el de algunos españoles preclaros —o postoscuros— de este específico momento. Sobrepasado por el misterio profundo de la democracia, el señor Suárez finge ser su organizador, por medio de un partido cuyo misterio sorprende a todos y del que finge, también, ser organizador. Sobrepasados por la sed de unidad de sus bases, los señores Tierno y González fingen maravillosamente la organización de la unidad, y sobrepasado el señor Carrillo por el misterio del eurocomunismo y de la calidad evanescente de la figura de Lenin, organiza un congreso. Sobrepasados por las huelgas y las protestas, los sindicatos fingen ser sus organizadores; sobrepasado por la tendencia del orden público, el señor Martín Villa finge que lo organiza. En este país todos son fanáticos de la organización, con excepción de los anarquistas. A los cuales les está sorprendiendo otro misterio: se están organizando sin proponérselo.

Charlot, en una película famosa, recoge bondadosamente una bandera roja que se ha caído de la prolongación de carga de un camión: corre tontamente para alcanzarlo, agitando su bandera roja, y se encuentra sin pensarlo al frente de una manifestación. Muchas veces, la política ha sido así. Aquí, desde hace tiempo, las gentes corren por las calles con banderas en la mano, banderas de todas clases, con la esperanza de coincidir con alguna manifestación y quedar a la cabeza, y muchas veces lo consiguen.

Hubo un tiempo en que los políticos dirigían a sus pueblos, los organizaban y los administraban. Hace ya años, hace ya mucho mundo, que los políticos han entablado una loca carrera con sus pueblos para conseguir ponerse delante y fingir que son los organizadores del misterio. Aquellos grandes tiempos de los conductores, de los grandes jefes, han dejado una huella brillante en la Historia: guerras, matanzas, inquisiciones, tormentos, hambrinas, levadas, epidemias, saqueos y otras muestras de la grandeza del señor. En estos tiempos de los pueblos por delante hay apenas un poco de terrorismo, que nunca consigue la brillantez heroica de Stalingrado, Buchenwald, My Lai o la fosa de Katyn. Hay una sensación de desorden, que podría ser incluso natural si aceptamos, con Rousseau que "el orden social nunca viene de la Naturaleza: está fundado sobre convenciones". Sobrepasados por estos grandes misterios, nuestros políticos buscan la creación de convenciones que les dé la sensación de ser sus organizadores. Como los grandes sacerdotes en Egipto, incapaces de controlar las crecidas del Nilo, fingían ser sus creadores. Con lo cual mantuvieron una religión. Lo que pasaba entonces es que se sabía —lo sabían ellos— en qué períodos crecía y en qué períodos decrecía el Nilo.

Con los pueblos, no se sabe nunca. Y menos aún con España. Un día Esquilache manda llevar las capas cortas y se arma un motín que puede cambiar la política del país. Un año quieren entrar las tropas napoleónicas y el pueblo las mata; otro año pasan por el país los Cien Mil Hijos de San Luis y el pueblo los aplaude. Por eso se dice que España es ingobernable: porque los políticos no corren nunca lo suficiente como para ponerse por delante del pueblo. Y porque no siempre aciertan a fingir bien que organizan los misterios que les sobrepasan. Y, en estos momentos, les están sobrepasando todos los misterios posibles. ■

POZUELO